

quía, y yo, á pesar de toda mi buena voluntad en pro del bienestar del Estado, me convertiría en el más execrable instrumento de la anulacion de toda consideracion política, de toda elevacion moral y de la disolucion de todos los lazos internos y externos de la administracion del Estado.»

Estos párrafos son expresion fiel y exacta de las disposiciones que animaban á Metternich. Nunca, y mucho menos entonces, habia pensado en una intervencion en favor de Napoleón y en contra de los aliados; siempre habia considerado natural, en el caso de que el emperador francés rechazara las condiciones del Austria, la union de esta potencia á los enemigos del emperador, creyendo, además, que esta union era inevitable aun en el inesperado caso de que Napoleón las aceptara y los aliados no firmaran la paz. A lo sumo, y como desesperado medio de salvacion en una situacion apuradísima, hubiera consentido en permanecer dentro de una neutralidad armada, bien que considerándola siempre como una deshonrosa abdicacion política. ¿Qué opinaba, á todo esto, el emperador Francisco?

Su resolucion relativa á la anterior proposicion comenzaba con estas palabras: «A vos debo en gran parte la gloria del actual estado político de mi monarquía y en vos confío tambien para conservarlo. La paz, una paz duradera es indudablemente lo que más ardientemente debe desear todo hombre honrado, y sobre todo yo, que siento desgarrarse el corazon en presencia de los males que la guerra ha atraído sobre tan buenos súbditos y tan hermosos territorios, á los cuales me siento unido en cuerpo y alma.»

Esta confesion demuestra una vez más hasta qué punto era cuestion de sentimiento y de conciencia para el emperador, que no tenia ninguna cualidad de guerrero ni de general, el temor de una nueva guerra no del todo inevitable. La imprescindible consideracion de esta circunstancia presentó á los ojos de Metternich como una necesidad la campaña diplomática de la negociacion de paz, y le indicó el camino que le hemos visto seguir. Hasta qué punto y por qué el emperador se mantenía aferrado al mínimo de los cuatro artículos, nos lo demuestran otros dos párrafos de su contestacion. «Lo que he manifestado como base de una paz á mi modo de ver duradera, por más que pueda ponerse muy en duda que lo sea, hemos de sostenerlo, porque cumpliéndose aquella base, la paz sería posible. En la base propuesta se ha procurado evitar todo lo que pudiera menoscabar el honor de Napoleón, de modo que éste no puede tener ningun motivo razonable para no aceptarla.» El emperador Francisco dudaba mucho de que con las bases por él mismo elegidas pudiera conseguirse una paz duradera, pero en cambio no tenia duda alguna de que habia excluido de este programa todo lo que pudiera aparecer ofensivo á los ojos de Napoleón y darle motivo racional para rechazar las proposiciones. Por esto no habia querido admitir como condicion *sine qua non* el artículo 5 del programa de 7 de junio, porque consideraba ofensiva para Napoleón la renuncia formal al patronato de la Confederacion del Rin que en él se prescribía (1). Por lo mismo que habia resistido todas las indicaciones que tendian á hacerle exigir algo inaceptable, no creía que Napoleón rechazara la paz, razon por la cual no dió al conde de Metternich la contestacion categórica que éste pretendía, sino que simplemente le hizo la promesa general de que podía contar con su firmeza en la realizacion de sus principios fundamentales. Creyendo entonces como creía en la posibilidad de que Napoleón condescendiera por lo menos en lo referente á la paz preliminar, explícase claramente que hubiera de tener igual creencia en un principio y se explica

(1) Véase anteriormente.

documentalmente la declaracion que anteriormente habia dado Metternich al conde Hardenberg tocante á su manera general de proceder. Lo que este último habia escrito en 2 de mayo al conde Munster (2) se derivaba de la comparacion más inmediata de los hechos con las palabras del ministro: «Respecto de este particular, el conde Metternich ha de contar siempre con el carácter resuelto del emperador, que se opondría á todo lo que pudiera precipitar la ruptura pero que, paso á paso, ha llegado á una situacion en la que es inevitable si Napoleón no cede. Actualmente, casi puede asegurarse que así como al principio de la actual guerra Metternich se proponía conservar á la monarquía en el estado en que entonces se encontraba, apenas los desastres sufridos por los franceses hicieron posible su realizacion, concibió el plan de devolverle su antiguo esplendor. Para conseguir este fin, el ministro hubo de ocultar todo cuanto podía dar á su plan una sombra de ambicion y especialmente todo lo que pudiera denunciar el propósito de llevarlo á cabo por la fuerza de las armas. Si hubiese dicho que queria dirigirse contra Rusia, habria tenido en contra suya al ejército y al público; si hubiese propuesto al emperador romper bruscamente con Francia, habria fracasado completamente en su empresa. Puesto en esta embarazosa alternativa, presentó planes é intenciones de paz, creyendo quizás entonces que podrían dar algun resultado y que la reconquista de lo que Austria habia perdido, podría conseguirse pacíficamente. Pero es indudable que estaba decidido á arriesgarse en una guerra, y que lo único á que no se atrevía era á pronunciar la palabra que habia de hacerla estallar. Napoleón era quien debía hablar y obligarle con ello al rompimiento. Hasta ahora solo ha conseguido familiarizar al emperador Francisco con la idea de que la guerra es inevitable en el caso de que Napoleón rechace una paz que ha sido calculada sobre la base de un justo equilibrio.» Puesto en este camino tortuoso, Metternich hubo de experimentar sorpresas y desengaños en cuestiones de detalle, pero en la cuestion capital no se equivocó, porque no habia partido de cálculos equivocados. La perseverancia de los aliados en una lucha desigual y el valor heroico de los prusianos excedían á sus mayores esperanzas, y la indomable tenacidad del emperador de los franceses coronaba con el más completo éxito su plan político. Lo único que á última hora podían hacer por él los aliados, que tanto por él habian hecho, podían esperar de ellos en el congreso pacífico de Praga. El plenipotenciario prusiano G. de Humboldt pudo ya escribir en 13 de julio á Berlín, á consecuencia de la primera entrevista celebrada con él, que Metternich daba claramente á comprender «que consideraba la guerra como inevitable y que en las negociaciones de Praga solo se trataba de demostrar hasta la evidencia al emperador Francisco la imposibilidad de una paz duradera (3).»

CAPITULO IV

PREPARATIVOS PARA LA LUCHA DECISIVA

Seis semanas antes de que en Reichenbach se encontrara una fórmula clara y obligatoria que expresara la union política de Austria con los aliados, los cuarteles generales de ambos ejércitos habian firmado una inteligencia recíproca, cuya sinceridad y confianza no estaban turbadas por la menor duda acerca de la identidad de voluntades y de la certidumbre de su próxima y franca cooperacion. Esta intelligen-

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 221-222.

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 132.

cia de los dos ejércitos habíase convertido, independientemente del curso de la discusion política, en un hecho que si se hubiera puesto á prueba habria de seguro aparecido más fuerte que la resistencia de los diplomáticos deliberantes. En la base fundamental que en 16 de mayo y por la espontánea iniciativa de los generales príncipe Wolkonski, Toll y Knebeck habíase sentado en Wurschen, conforme á los deseos

expresados por el príncipe Schwarzenberg en las «proposiciones relativas al plan de campaña (1),» habian trabajado con tanto celo como éxito Schwarzenberg y su ilustre jefe de Estado Mayor el conde Radetzky. Los austriacos habian considerado, bajo todos conceptos, el armisticio como una verdadera ventaja: la direccion seguida por los aliados en su retirada cuando abandonaron á Breslau y se retiraron á los



Bernadotte.

De un grabado de P. M. Alix, cuadro original de Hilario le Dru

montes de Schweidnitz constituía una garantía de sinceridad y de abnegacion como mejor no podía darse en aquellas circunstancias. En esto, como en todos los planes y medidas militares ulteriores, solo en una cuestion se pensaba, á saber: ¿qué podían, qué debían hacer los aliados para proteger al Austria contra un ataque del grueso de las fuerzas de Napoleón? pues se creía que indudablemente este ataque sucedería inmediatamente á la declaracion de guerra como sucede en las tempestades el rayo al trueno.

En los documentos que resumen las negociaciones sobre esta cuestion observamos un hecho sorprendente, y es que

Austria, Prusia y Rusia usan unánimemente un lenguaje estratégico que no tiene afinidad ninguna con el de 1805 y 1806. En el momento mismo en que el archiduque Carlos publicaba sus principios fundamentales de estrategia para recordar su sistema de guerrear en 1796 y para «formar generales para la defensa de la patria (2),» Schwarzenberg y Radetzky formulaban planes que demuestran que se habian

(1) Véase anteriormente.

(2) *Rasgos fundamentales de la estrategia explicados por la exposicion de la campaña de 1796 en Alemania*, tomo 1, Viena, 1813. Admonicion.